

Cazador de pesadillas

Blue Dream



Image not found.

Capítulo 1

Cazador de pesadillas.

Hace ya un largo tiempo, en una enorme ciudad vivía una persona en particular, el típico buen samaritano que puedes encontrar en todos lados; aquel cuya singular devoción a su familia y ferviente pasión hacia su trabajo parecían darle un esplendor casi divino a su inocente alma y que, sin lugar a dudas era acreedor de una consciencia tan pura, que entre la penumbra de la noche, tan sólo podría ver las más hermosas imágenes, fruto de su psique en reposo. Desde maravillosas travesías a lo largo de mundos inexplorados, hasta momentos de cálida pasión rodeado por los brazos de los seres acreedores de su corazón; entre otras muchas maravillas que seducen a las personas a un reposo pacífico y agradable, pero, que desgraciadamente no eran suficientes para tornarse en el Adonis que el necesitaba para conciliar el sueño; por el mero motivo que nace de todos los mártires que ha conocido la historia de Onobrac y del cual, nuestro protagonista, no se encontraba exento:

No podía gozar aquello que no pudiera compartir con los demás.

Siendo consciente del padecimiento general de casi la totalidad de los habitantes del Reino de Cofran, a causa de la maldición que se cernía sobre sus tierras, el buen samaritano no podía hacer menos que desear cambiar aquella deplorable situación a cualquier costo, pues, después de ver el cómo una madre le destruye el cráneo a su hijo con una puerta creyendo que asesinaba a una horrible araña gigante y luego, escuchar sus alaridos y gemidos de dolor, para luego, apreciar el terrible momento en el que un hombre salta desde el tercer piso de un edificio con el fin de pulverizarse el cerebro lo más pronto posible para ya no sentir que su carne escuece en aceite hirviendo, te empiezas a cuestionar el, ¿iQuién en su sano juicio puede sentir placer de ser el único hombre feliz en esa desgraciada nación?! Desconozco qué tan bajo sea el nivel moral de la persona que lea este cuento, si lo comparamos con los valores de éste buen samaritano y su inigualable voluntad para siempre respetarlos, pero, sí le puedo asegurar que a cualquier persona que se regocijase de haber respondido con un rotundo "yo", ése hombre, le hubiera dicho en la cara que es de la peor clase de canalla existente y, se quedaría corto, por mera cortesía.

Un día, tras finalizar su jornada laboral, el samaritano se dirigió directo a su casa, como de costumbre, saludando a su esposa con un tierno beso en la mejilla, al encontrarla esperándolo en la puerta y recibiendo una respuesta semejante a la que había tenido el día anterior:

Un estridente grito femenino, acompoñadado de un fuerte escobazo en la mejilla izquierda, seguido de una dolida disculpa y una explicación

detallada del porqué había creído que su esposo era un violador y luego, cambiando el tema a su hijo, el cual le preocupaba, pues se negaba a comer, porque él aseguraba que la sopa había sido envenenada; noticia que lo dejó pasmado y meditabundo por un momento, hasta que le dijo que él se haría cargo de todo el día de mañana, y procedió a retirarse sin escuchar los reclamos de su mujer.

Una vez ya en su cuarto, él se dirigió a la cama, se recostó y se quedó así, hasta que, como de costumbre, fue visitado por aquella "damita" de alas doradas y vestido de seda que le visitaba todas las noches, a la cual inmediatamente le preguntó:

-¿Porqué sólo a mí?

-...¿Crees que alguien más de aquí se lo merece?- Dijo la pequeña, consciente del significado de las palabras del samaritano, mientras sonreía con dolorosa amargura.

-Todos trabajan duro...

-Pero, ¿Alguno de ellos ha hecho algo para merecerlo?- Preguntó la damita, mientras miraba al hombre con tristeza, el cual no replicó, pues entendía a lo que se refería.- Tú sabes como funciona la maldición. Sus corazones son como manzanas podridas; los sueños son como un espejo posado frente a aquellas frutas, que en vez de ser de un tentador rojo, son de un color marchito, repletas de un negro podrido... Si pesadillas viles ven, esa es la razón... Querido amigo; No hay nada que yo pueda hacer.- Añadió la dama con resignación; antes de guardar el silencio que incitaba a razonar al hombre, el cual, duró por largos segundos.

-Tal vez tú no. Pero yo tal vez pueda... podrías cambiar el espejo por un portal y yo me dedicaría a...

-Nadie te lo agradecerá.- Interrumpió la pequeña, mientras resistía las ganas de llorar.- Tú serás olvidado. ¡Todos simplemente te ignoraran! Nadie se preocupara por ti... Sólo te aguardará sufrimiento. Te volverás un mártir sin...

-No me importa.- Contestó la persona, mientras sonreía forzosamente, sintiendo como la terrible indecisión intentaba nacer del fondo de su alma.

-...Ten.- Dijo la damita, mientras le daba un poco del polvo que posaba en su mano, el cual, el samaritano observó con recelo por un momento, para luego llevárselo a su boca, antes de que la incertidumbre se apoderase de su corazón, sabiendo que había tomado un camino sin retorno, pues aquel samaritano dejaría de ser humano aquella noche, para volverse un sueño, uno con forma de persona vestida en prendas blancas llenas de esperanza

y un cálido amor incondicional y, que portaría una pequeña ballesta en su mano izquierda, cuyas flechas con puntas de tres filos, eran del mismo color que la obsidiana (la piedra que desvela los engaños) y que serían usadas con el único fin de acabar con aquellas criaturas que atormentaban al pueblo de Cofran.

El ser vagó por tierras parecidas a desiertos, navegó por turbios mares y cazó a todos los monstruos que se encontró en ellos, para salvar a las personas que habían caído presa de las pesadillas, permitiéndoles olvidar para siempre el miedo que una vez les causaron, a cambio de que las hermosas ropas del samaritano, antes llenas de esperanza, se tornasen de un horrible negro, lleno de dolor.

Y aunque muchas veces él deseó darse por vencido, siguió viviendo aquella guerra sin fin por lo que, le parecieron millones de años, pasando cada tres horas por un nuevo infierno nacido del corazón de otra persona, quedando demacrado, dolido y con un corazón quebrado, al punto de causarle lágrimas repletas de sus más oscuras emociones, hasta que finalmente lo encontró.

Un ser tan glorioso como la pequeña dama, tan trágico como el mismo, pero, completamente distinto a la naturaleza de ambos, siendo su cuerpo de un rojo tan profundo, que casi parecía negro, color que sólo podía representar un enorme odio... o un terrible dolor, nacido del corazón de millones; pero que irónicamente, no osaba levantar ni un dedo, ni siquiera cuando vio que la ballesta se cernía en su frente.

Por el contrario, aquel ser miró al cazador y comenzó a hablar con seriedad.

-¿Estás seguro de que me quieres muerto? Piénsalo bien, ahora tú eres como ella y yo. Elegiste como tú razón de ser el exterminar pesadillas cuando tomaste el polvo de la dama, ¿Cierto? Entonces, una vez que me mates, ya no tendrás nada más que hacer con tu vida; acabarás en el olvido, sin registro de que alguna vez exististe, siendo reducido a un mero mito o a un simple cuento amateur más del que se habló alguna vez. ¿Entiendes? Yo soy la razón por la que existes. ¡Sin mí no serás nada! Así que, ¿Porqué no sólo me sigues cazando por el resto de la eternidad, sin llevar mi vida a su fin? Así yo viviré y tú también. Además, ¿No somos nosotros, tan sólo una parte del ciclo del destino? ¿Qué te asegura que la maldición que me creó no volverá a ser usada en Cofran? ¿Estás seguro de desear tirar tu vida por la minúscula posibilidad de que mi muerte libere a un pueblo que ya te ha olvidado? Créeme, las dos cosas son, en esencia, reales.

Silencio fue lo que reinó en el lugar, mientras el cazador miraba fijamente a la pesadilla, dudando de su propio corazón, sintiendo como todo su ser le suplicaba que bajase la ballesta y lo dejara vivir, tratando de imponerse

a esa dolorosa realidad... hasta que sus labios lo traicionaron y pronunciaron aquella dolorosa frase.

-No quiero desaparecer.

-... Yo tampoco.- Dijo la pesadilla, mientras lloraba como lo hacía el ser, pues incluso a él, se le hacía injusto, que siendo una entidad creada por el propio humano, fuese repudiada e indeseada.

-Quiero ser reconocido.- Suplicó el ser, con un bajo tono de voz, lleno de una tempestad de melancolía.

-Si eso deseas, entonces has que sea tu voluntad. ¡Nada te detiene! ¡Ya has sufrido demasiado!- Contestó la pesadilla, creyendo que había encontrado la posibilidad de seguir viviendo, mientras miraba al ser con ojos esperanzados.- ¡No tienes por qué seguir la voluntad del destino! ¡Vive de acuerdo a lo que tú deseas!

-¿Vale la pena condenar a millones por mi arrogancia? ¿Tiene sentido que yo viva por un propósito tan egoísta? Oye, Pesadilla... ¿Estoy realmente en mi derecho de decir que ya no tengo que cargar con esto?

-...Esas preguntas, sólo tú la puedes contestar.- Respondió la pesadilla, consciente ya, del cómo acabaría ésta historia.- No soy nadie para intervenir en tu decisión.

-... Entonces... que no se haga mi voluntad.